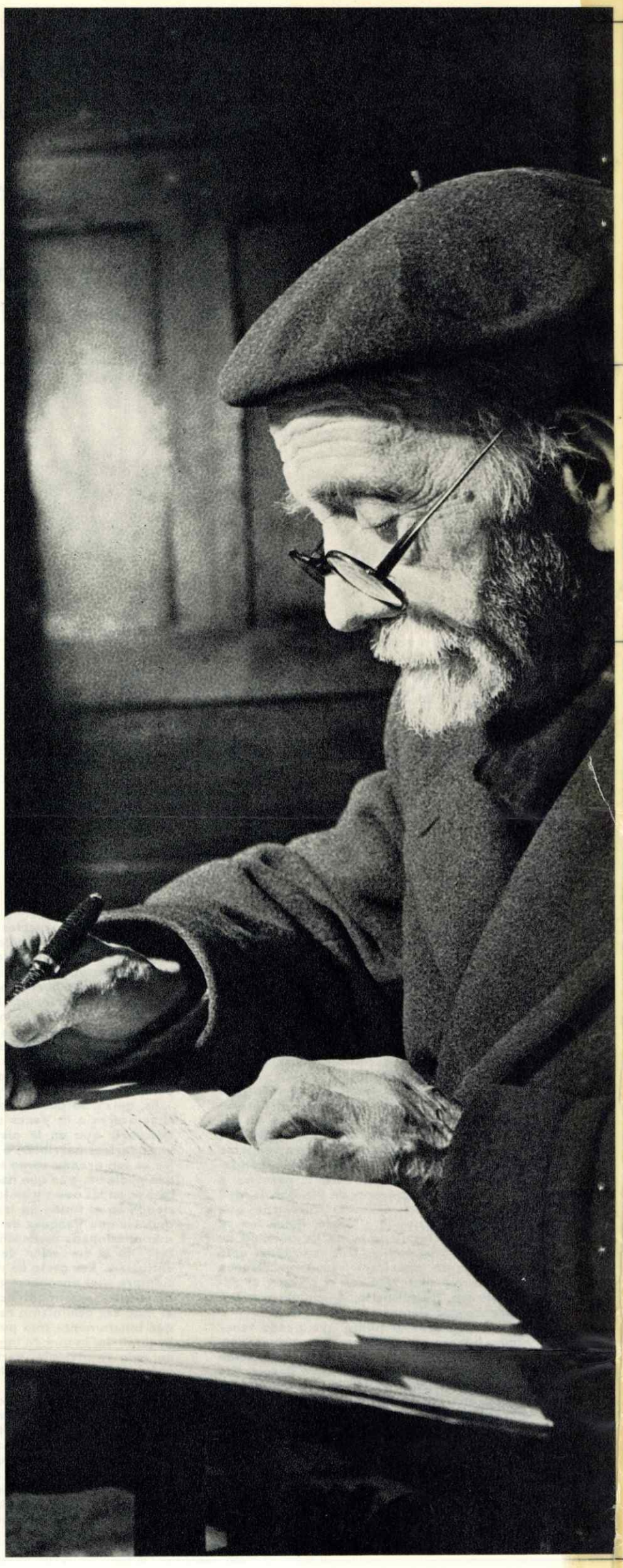
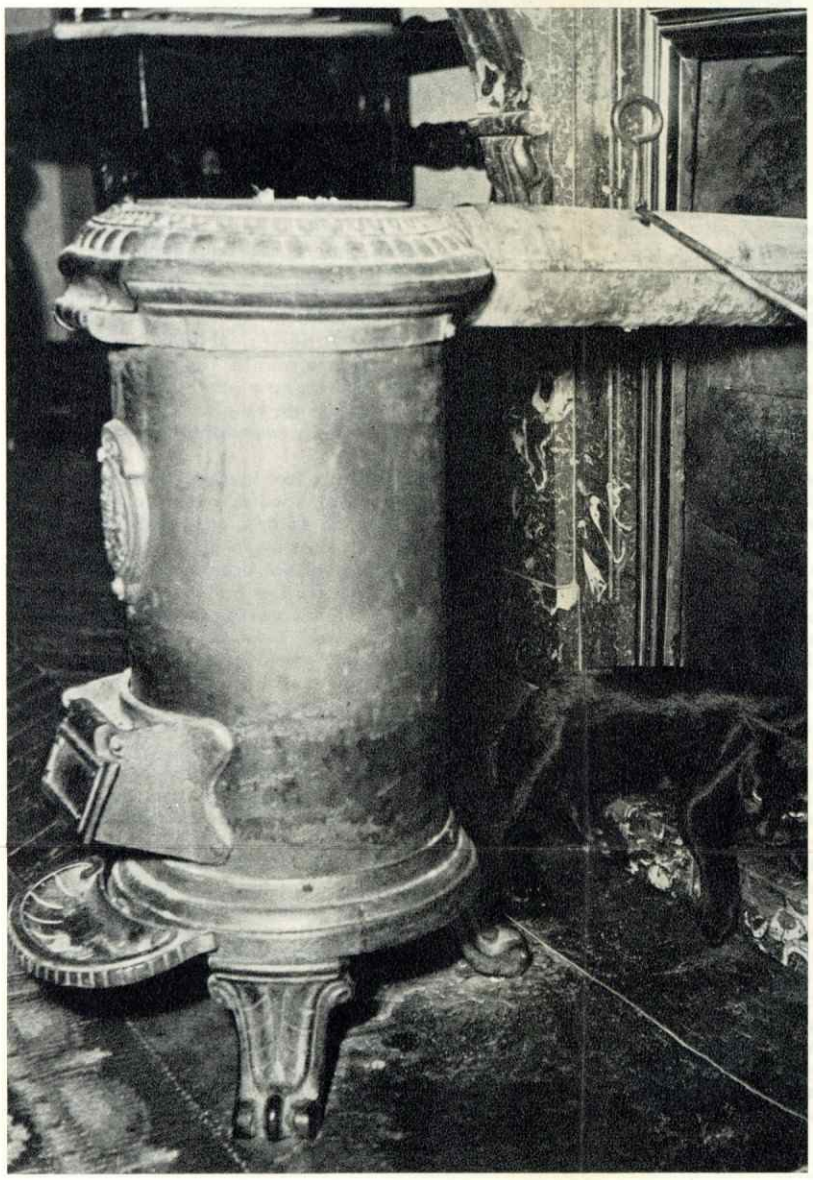
Mundo Hispánico. Nº 297. Dic. 72.





Las botas y la estufa de Baroja. Escribiendo con abrigo, como tenía por costumbre.

UNA MAÑANA CON DON PIO

por MARINO GOMEZ-SANTOS

DON Pío estaba sentado ante la mesa de trabajo, con la pluma en la mano y las gafas montadas en la punta de la nariz. Releía unos relatos cortos que pensaba incluir en el próximo tomo de *Obras completas*. Los originales habían sido escritos hacía algunos años; pero entonces no fueron autorizados y al revisarlos de nuevo, apenas recordaba. Leía en voz alta, tachaba líneas enteras con un pincel fino, de acuarela, mojado en el tintero y luego escribía en los espacios blancos con letra diminuta. Mas cuando lo que había de añadir resultaba extenso, pegaba en los márgenes de la cuartilla una especie de orejas de papel, en las que seguía escribiendo. Algunas hojas, al desdoblar los añadidos, eran como girasoles de papel.

Para escribir, humillaba la estilográfica en el tintero, lo que consideraba más práctico que cargar el depósito.

—El caso es que, con unas cosas y otras, me organizo cada complicación que, a veces, tardo horas o días en resolver. Y esto me ocurre porque corto con las tijeras una hoja que está numerada; la parte inferior queda sin señal alguna porque quiero añadir esos párrafos a una cuartilla que está diez o doce hojas después. Corto nuevamente para embutir esos párrafos y me armo tal lío que ya no sé a dónde corresponde cada cosa. Lo mejor sería disponer de una persona que me ayudase en esta tarea; no sé escribir con máquina y ya es tarde para intentarlo. Claro que un mecanógrafo, que domine bien el teclado, aspirará a trabajar en una empresa segura y económicamente fuerte; pero no a copiar novelas a un escritor, porque eso se considera poco rentable.

Al día siguiente, a hora temprana, nos presentamos espontáneamente en casa de Baroja, con nuestra máquina de escribir.

—¿Y dónde va usted con esa maleta? —nos preguntó el novelista.

—A copiarle a usted a máquina los originales que tiene que entregar al editor —respondimos.

Don Pío, sorprendido, se detuvo en medio del pasillo:

—Hombre, el que un joven se ocupe de un viejo, parece motivo de halago, sobre todo cuando uno no puede ofrecerle nada en compensación.

Hacía frío en la casa aquella mañana. Don Pío nos dijo que trabajaríamos en el comedor, donde habían encendido el chubesquí.

Era un cuarto de tránsito para los dormitorios, con un balcón a un patio de luces.

—Ahora traeré de mi cuarto las cosas para trabajar.

Los muebles del comedor eran románticos y la plata que estaba sobre la consola y dentro de un armario de cristales, antigua y con algunas piezas de Martínez, el famoso platero madrileño.

Volvió don Pío con dos almohadas y las colocó sobre el asiento de una silla del comedor. De un gabinete contiguo trajo un pequeño velador; con el tintero, la pluma y una carpeta con originales.

—Un poco complicado resulta todo esto: pero no hay más remedio que hacerlo así, si se quiere estar cerca de la lumbre.

Al borde del balcón, para aprovechar la luz, suspende el velador apoyándolo en el respaldo de dos sillas. Arrima la otra, en la que ha colocado las dos almohadas y se sienta para poner en orden los manuscritos.

—Bueno, esto parece que ya se comprende; ahora, como tengo algo de lumbago, voy a coger la bolsa de agua caliente, que está preparando la chica.

Se tumbó en el sofá del comedor, con la bolsa sobre un costado y la manta de viaje extendida.

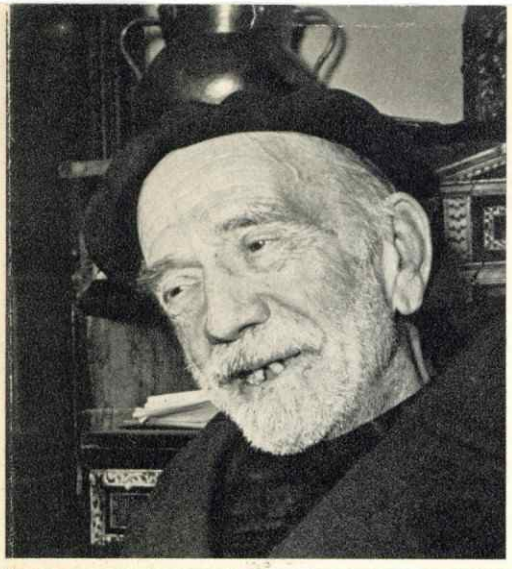
—Bien, usted me indica cuando puedo empezar a dictar.

Era admirable, sobre todo para un muchacho que aspiraba a ser escritor, el observar cómo el viejo maestro trabajaba el idioma al revés, desdibujando con gracia lo que antes había realizado de un modo formalista.

Decía, por ejemplo: «...Las buhardillas de París»; pero luego, al leer las cuartillas, pluma en mano, don Pío modificaba por su cuenta la ortografía tradicional de la palabra, para escribir, simplemente, «guardilla».

—Más sencillo queda... ¿No cree usted?... El Diccionario de la Academia, a veces, registra palabras que me parecen de un gran engolamiento.

En esta ocasión recordamos uno de los ensayos de Ortega sobre Pío Baroja con-



Tres imágenes del gran novelista ahora homenajeado en el recuerdo con motivo del centenario de su nacimiento.

UNA MAÑANA CON DON PIO

cretamente, el que motivó un viaje que habían realizado juntos a la Sierra de Gata. Titula Ortega el VII capítulo de su estudio, «Baroja tropieza en Coria con la gramática» y en él cuenta con singular gracejo que al regresar cada tarde a la posada, hartos de andar y ver, Baroja entretenía las horas crepusculares en corregir pruebas de una novela suya próxima a publicarse.

Ortega da testimonio puntual de una anécdota que habría de repetirse en Baroja a lo largo de toda su vida:

«Mas al cabo de un rato —escribe— vimos que se alzaba del torrente de papel y decía: ¿Lo ven ustedes? No hay cosa peor que ponerse a pensar en cómo se deben decir las cosas, porque acaba uno por perder la cabeza. Yo había escrito aquí: "Aviraneta bajó de zapatillas". Pero me he preguntado si está bien o mal dicho, y ya no sé si se debe decir: "Aviraneta bajó de zapatillas, o bajó con zapatillas, o bajó a zapatillas..."

Me dictaba, una mañana, cierta novelita corta, titulada *La obsesión del misterio*. Lo hacía de corrido, sin concretar la puntuación, siempre tan personal:

—Don Pío, ¿pongo coma, o punto y coma?

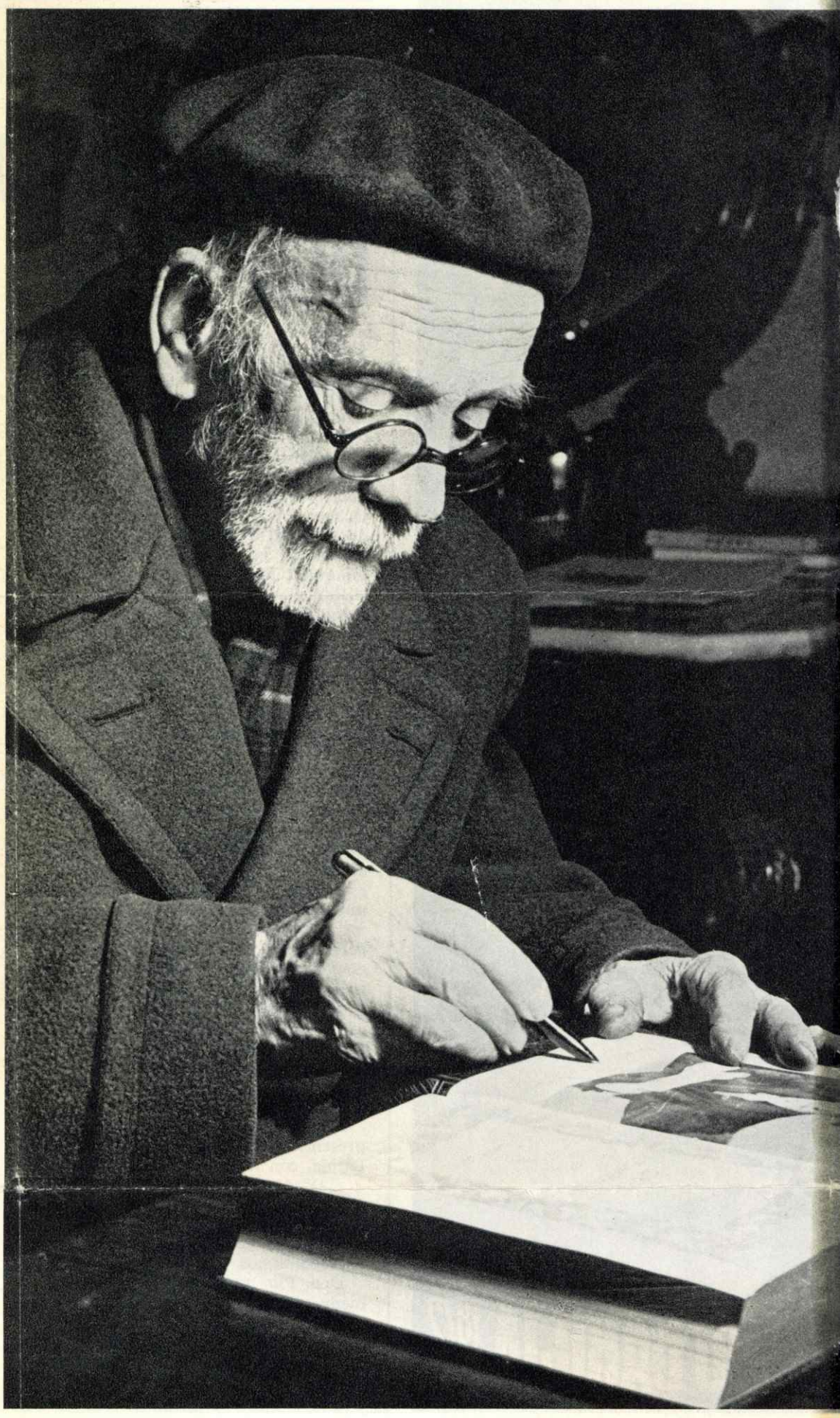
—Ponga usted punto y aparte.

Así, de pronto, resultaba desconcertante; pero, luego, al continuar escribiendo, comprendíamos que tenía razón.

Su sentido para clarificar la prosa era prodigioso, «castigando su estilo», como señala Ortega.

—Un poco pretencioso parece que queda eso. Volvamos sobre ello para descargarlo de almidón.

Otra de sus preocupaciones consistía en estructurar convenientemente el original. Buscaba siempre el equilibrio de volúmenes, al igual que los artistas plásticos contemporáneos.

—Este párrafo largo hay que desmontarlo en dos o tres. Así, resulta un bloque barroqueño.

Las mañanas al lado del maestro eran siempre cortas, como un sueño maravilloso. Ahora, que ha pasado ya tiempo, nos satisface el haber acompañado a don Pío Baroja en aquellas horas solitarias y un tanto melancólicas de su vejez.